está sobre tí, evita declararte sobre este artículo, y vela sobre tu corazon. Una muger virtuosa siente desde luego con viveza la injuria que la hace un esposo infiel; pero insensiblemente se vá acostumbrando: llega algunas veces hasta despreciarla, y acaba por una venganza que no hiere mas que á ella, y que autoriza al marido para permanecer en el desórden. Creo al tuyo muy distante de la complacencia de que le sospechas respecto al Conde. Se cree seguro de tu corazon: su confianza se funda en tu virtud, y con sentimientos semejantes no puede ser su tibieza de larga duracion. Soy de tu mismo parecer en punto á que tu hermana tiene penetracion, y me agrada su cólera contra la desgraciada que causa tus inquietudes; pero ella es demasiado mirada para dejárselo penetrar al Marqués. Esto es lo único que importa. No puedo aprobar la estratagema de que te has servido para ser testigo de la escena que me has contado. Fué mucha imprudencia buscar motivos, en el estado en que estabas, para redoblar tus penas, y despues te ha costado una mentira. Una conducta recta y sensilla es el solo camino por donde te es permitido andar: él te conducirá infaliblemente á la puerta del laberinto en que estás metida.

Me confirmo en el juicio que me hizo formar

tu primera carta. Esa pretendida inocente es una astuta coqueta; su modo de proceder durante tu enfermedad me lo prueba; la curacion del Marqués será un poco mas larga, pero tambien será radical. ¡Cuánto se avergonzará de haber sido la mofa de esos aires inocentes! Adios, amada hija mia, cuida de tu salud, y está atenta á las circunstancias; la Providencia te proporcionará sin duda algunas favorables, y te inspirará el modo de aprovecharte de ellas.

CARTA XXVI.

DE LA MARQUESA A SU MADRE.

Madre mia estimadísima: Mi salud está enteramente recobrada; pero mis inquietudes se aumentan de tal modo, que temo me falte la fuerza para sostenerlas. Mi rival está tan mudada, que no se le conoce. Ya no es aquella muchacha sumisa y dócil á todo lo que yo la mandaba: es una muger imperiosa con todos los demás criados, insolente conmigo, y libre con el Marqués hasta lo sumo. Toda la casa está escandalizada de sus procederes, y sola yo soy la que finjo no conocerlos. Ayer me faltó al respeto de un modo tan grosero, que obligó á llorar á mi hermana, al Con-

de á salir de mi cuarto para moderar su cólera. Hoy me ha llamado mi esposo en particular; tenia el aire de un hombre muy embarazado, y estuvo largo tiempo sin saber por donde principiar su discurso. En fin, me dijo que habia sabido, con mucho desagrado, los procedimientos de la señorita Rosa, respecto á mí, y que le sorprendia la paciencia con que yo la habia tolerado. Que él debia una verdadera obligacion al Conde por habérselo dicho, y que me dejaba árbitra de la suerte de esta muchacha. Temblaba yo como las hojas en el árbol miéntras me hablaba, y le respondí, sin atreverme á mirarle, que aunque era cierto que esta muchacha no tenia para conmigo las mismas atenciones que otras veces, tal vez le habrian exagerado su falta; y que era necesario perdonar alguna cosa á la situacion á que se hallaba reducida una señorita, que á pesar de la distincion con que se le trataba, siempre conoceria que estaba en la clase de criada. Esto es bastante, añadí, para ponerla de mal humor, y á esto atribuyo su mudanza conmigo. ¡Qué encantadora eres en pensar así! me dijo el Marqués dándome un tierno abrazo. Gusto de ver en tí sentimientos de bondad y de humanidad; pero no quiero que abusen de ellos. Un amigo mio, residente en Roma, y viudo, me encarga

una muchacha de confianza para el cuidado de su casa. Este es un empleo que conviene perfectamente á Rosa; dila que la quieres demasiado para pretender que pierda su fortuna. Haré siempre lo que gustes, le dije, y me alegraré proporcionar á esta jóven una colocacion ventajosa; ¿quiéres que la llame? Bastante tiempo habrá de hacerlo esta tarde, replicó el Marqués; te mostraré la carta delante de ella, y si acepta el partido, mañana mismo la entregaré á un hombre que la llevará á Roma. Apénas me habia dejado el Marqués, entré en un abismo de reflexiones no sabiendo cómo componer tantas contrariedades. Esta muchacha, me decia yo, cree estar bien segura del corazon del Marqués cuando guarda conmigo tan poco miramiento. ¿Acaso piensa él sériamente en alejarla de sí? ¿No es una ficcion? Si él estaba apartado de esta muger, ¿á qué vino aquel gozo que demostró al verme tan indulgente con ella? Estando ocupada en mis reflexiones, entró el Conde sin mandar dar recado, como acostumbra. Perdonadme, me dijo, la llaneza que me hace tomar la precision en que me hallo de hablaros sin testigos. Nada quiero oir, Conde, le dije levantándome para llamar gentes; pero él me detuvo en mi asiento. En el nombre de Dios, señora, añadió, os suplico me

escucheis un momento. Si mi conducta no ha podido haceros conocer el respeto que os tengo, ó inspiraros un poco de confianza en mí, soy harto desgraciado. El que os habla es un amigo; olvidad que un infeliz acaso os haya hecho saber que yo tenia otros sentimientos; ayudadme á haceros feliz á expensas de mi propia dicha abriendo los ojos á vuestro esposo. ¿Qué alteracion no experimenté durante este discurso? La curiosidad, la esperanza, el temor de desobedecer vuestras órdenes, me agitaban de tal modo, que no sabia que resolucion tomar. Me acordé en fin de aquel lugar de vuestra carta, en que me decís evite descubrirme claramente al Conde, y esto me determinó. Señor, le dije, sé hasta qué punto puedo contar con vuestra probidad; vuestras virtudes, y el cariño que teneis á mi esposo, os han adquirido mi estimacion y mi amistad; permitid que yo continúe en merecer la vuestra. No rehuso absolutamente oiros; pero os pido algun tiempo para determinarme á ello, persuadida á que esta conversacion no se referirá á otra cosa que al desgraciado negocio en que habeis tenido por conveniente mezclaros, y que vuestros sentimientos no entrarán en ella para nada. El Conde se habia puesto de rodillas para detenerme en mi asiento; y permanecia aun así cuando

entró mi hermana en el cuarto. ¡Ah, madre mia! un rayo me hubiera sido ménos sensible que esta aparicion. Ví de un golpe cuanto esta criatura podria imaginar, y ya iba á desmayarme; pero me sacó del lance la prudencia del Conde. No dejó la postura sumisa en que estaba, y dirigiéndose á mi hermana, que se habia puesto encendida y confusa; venid, señorita, la dijo, venid ayudarme á hacer entrar en razon á la Marquesa. Me empeñan á pedirla una conversacion secreta, negocios de la mayor importancia, y para obtener este favor, que á nadie importa mas que á ella, estoy á sus pies, pero no puedo conseguir que me escuhe. Su virtud la representa un crímen de hallarse á solas conmigo. Querria poderme explicar delante de vos; pero debo respetar vuestra edad, aunque quizá os halleis demasiado instruida del asunto de que quiero hablarla: os conjuro la empeñeis á que me escuche. Durante el razonamiento del Conde, tuve tiempo para volver en mí. Os prometo oiros, le dije, obligándole á que se levantase; pero exijo absolutamente que mi hermana esté en mi cuarto, pues ella tendrá á bien que me hableis bastante bajo para que no lo pueda oir. Apénas habiamos tenido tiempo para tomar un aire tranquilo, cuando entró el Marqués. Vengo, querida mia, me dijo, á pro-

ponerte un sacrificio; llama á Rosita, y mira si tu amor te permite privarte de ella; se trata de su fortuna. Habiendo ella venido en el mismo instante, me leyó él la carta de que dos horas antes me habia hablado; yo representé muy bien mi papel. Esta muchacha no hizo peor el suyo; lloró por el pesar de dejarme, postrándose á mis pies, y me dió gracias por las bondades que habia usado con ella. Cenamos despues, y el Marqués me dijo al oido, que no siendo ya de casa Rosita, me suplicaba la hiciese sentar á la mesa para mostrar á todos los criados que salia de casa en gracia nuestra. Hice cuanto me pedia, y jamás le he visto de tan buen humor. Esta jóven debia partir á la mañana del dia inmediato, y el Marqués se habia encargado de acompañarla hasta quince millas de Turin. He tomado este tiempo para escribiros; y como mi situacion es demasiado violenta para aguardar vuestra respuesta por la via ordinaria, he suplicado al Conde envie un hombre seguro para entregárosla en mano propia, y traerme la respuesta. Adios, amada madre mia, pedidle por vuestra hija, que jamás ha tenido de ello tanta necesidad como ahora.

CARTA XXVII.

RESPUESTA A LA ANTECEDENTE.

Querida hija mia: Amo con extremo á ese pobre Conde, y el corazon me dicta que la salida de esta muchacha, á que él ha dado ocasion con tanta felicidad, producirá algun accidente dichoso, que te sacará de penas. Está bien pensado el viaje de Roma, pero no te lisonjees aun de que sea efectivo. Razones esenciales empeñan al Marqués á privarse del gusto de ver á su dama á todas las horas del dia; pero ciertamente la ilusion subsiste aun, y sospecho que tiene hoy motivos mas poderosos que nunca para mirar por esa criatura. Ella parece que no teme perderle, y no se la da nada por el que dirán; de lo que infiero que deseaba tener de tí una despedida desgraciada. Entónces hubiera indispuesto á tu esposo contra tí, y hubiera apretado los nudos que le unen á ella. Gracias á Dios, tú has evitado este lazo, y has llevado al Marqués hasta el punto de desear la salida de esa miserable; esto es lo mejor que podia suceder. Quiero hacer el horóscopo de este amor. Rosita es una coqueta rematada, que bien pronto va á quitarse la máscara. Ménos sujeta

en su nuevo domicilio que lo estaba en tu casa, su amor no puede tardar en descubrirle mil defectos. Los celos se mezclarán, y los conducirá á un rompimiento. El amor, que se toma á una persona virtuosa, se aumenta cuanto mas se la conoce; pero aquí será al contrario. Tu esposo, segun el carácter que le conozco, se disgustará muy pronto de la altivez de una muger que ha tenido bastante descaro para poner su secreto en peligro de descubrirse; y buscará los medios de desembarazarse de ella con poco ruido.

Estoy edificada, hija mia, de la docilidad con que sigues mis consejos; pero hay casos en que debes consultar las circunstancias: esas en que el Conde te pedia una conversacion, exigian de tí esta complacencia; yo te exhorto á concedérsela. Apruebo la condicion que has puesto de que tu hermana ha de estar presente á ella; y haz de modo que esta niña sea tu sombra. La atencion que pondrás en tenerla siempre á tu lado, bastará para destruir las sospechas que la actitud del Conde la hayan podido causar. Por los pasos de tu esposo conocerás bien pronto si su Dulcinea está en Turin. Soy de parecer que podrias aun empeñar al Conde en observar su conducta. Está segura de la prudencia de ese amigo, que es á la verdad digno de toda tu estimacion. No te

diria esto si te conociese ménos; pero sé que nada arriesgo en llamarte la atencion sobre la generosidad de su modo de proceder. El solo medio de curarle es el persuadirle bien del mucho amor que tienes á tu esposo, y de tu virtud. Conocerá el primero por el interés que tomas en las acciones del Marqués, y la segunda por el dolor que te causan sus desarreglos, y la paciencia con que los toleras. Que tu conducta para con tu infiel esposo sea siempre la misma que hasta aquí; redobla aun tus atenciones y tu complacencia, sin embargo de cuanto llegues á saber sobre este asunto. El te pagará algun dia tu indulgencia, y si acaso sucede que su amor por tí no llega á ser mas real y mas sólido, tendrás siempre el dulce consuelo de haber cumplido con tu obligacion, y el de no tener que echarte en cara tus desgracias. Adios, querida hija mia, confia en el que sabe sacar el bien de las cosas que parecen mas contrarias, y cree que participo sinceramente de la cruel situacion en que estás.

———

CARTA XXVIII.

DE LA MARQUESA D*** A MADAMA DE MONTIER.

ESTIMADA MADRE MIA: El Marqués está en el campo por todo el dia, y el Conde ha aprovechado esta ocasion para pedirme el cumplimiento de mi palabra. Acababa de darme vuestra carta, y os confieso que he visto con placer la aprobacion que dais á esta conversacion. Mi curiosidad era tan viva que no he diferido ni un momento el dar toda mi atencion á lo que el Conde me queria decir. Ha mucho tiempo que él ha penetrado los sentimentos de mi esposo, y su afecto por mí le ha hecho tomar buenas medidas para no perder de vista á mi rival. Obsequia por su órden á esta muchacha su ayuda de cámara; y esta desgraciada, que se entrega al Marqués por interés, se ha abandonado por inclinacion á este criado. Espera ella sacar del Marqués sumas bastante conciderables para despues casarse con su amante, y hablando francamente lo conseguirá, porque mi esposo naturalmente liberal es pródigo con ella. Para procurarse los medio de ver á este criado á toda su satisfaccion, ha querido salir de

casa, pero era menester un pretesto para hacer consentir al Marqués en ello. Un embarazo la ha venido á propósito para sacarla de su apuro. Ella ha amenazado á mi esposo declararlo, si no buscaba los medios de sacarla de casa, y aun le ha dicho que se echaria á mis pies, y me confesaria su culpa ántes que exponerse á ser descubierta por alguna desgraciada casualidad. El Marqués, que nada teme tanto como el escándalo, ha redoblado sus dones, sus caricias, y sus promesas; y advirtiéndole el Conde la insolencia de esta desgraciada, le ha proporcionado el pretesto para su salida, que hace algun tiempo que buscaba. La ha puesto su habitacion en el arrabal del Pó; y como él no puede verla mas que por la noche, el ayuda de cámara, que se llama Girard, tiene para verla todo el dia.

Ved, querida madre mia, lo que el Conde queria decirme. Me ha pedido el permiso de obrar á su gusto para desmascarar á esta criatura, y se obliga á traer al Marqués á mis pies mas tierno que lo que ha sido nunca. No quiere esplicarse sobre los medios de que se servirá para esto; yo los adivino, pero me mortifica un escrúpulo. Esta infeliz está en cinta de cuatro meses, ¿no seria yo culpable de la muerte de su hijo si una escena violenta la ocasionase un aborto, y no

será mejor tener paciencia hasta que haya salido de este riesgo? ¿Qué vendrá á ser de ella entón. ces? El criado del Conde no la ama, él se burla de ella. ¡Cuán desgraciadas son las personas de nuestro séxo cuando dejan sorprehender su corazon de una pasion violenta! Esta muchacha es de una familia en que la probidad reinaba, y tuvo la educacion mas cristiana. El amor á adornarse hizo todas estas ventajas inútiles, y el Conde ha descubierto que el deseo de tener un vestido de máscara, causó su primera caida en casa de sus padres. Sábia en el arte de disimular, ha engañado á su madre y á los que me la han recomendado, y sé, á no poderlo dudar, que el Marqués se lisonjea de su conquista como de una buena fortuna, que no debe mas que á su mérito. Lloro la desgracia de las personas de nuestro séxo dominadas por alguna pasion. Pero os confieso que si no fuera por la ofensa que se hace á Dios, me reiria de la nécia credulidad de los hombres. Mi esposo tiene experiencia, mucho talento, y sin embargo se deja burlar por los aires inocentes de una jóven que le engaña casi á su vista, sin que él tenga la menor desconfianza. Temo á la verdad que él se deje llevar á algun exceso contra esta desgraciada si lo llega á conocer, y la compadezco sincerísimamente. Si

no se trata mas que de darla una gruesa dote para empeñar á Girard á casarse con ella, contribuiré para esto con todo mi corazon.

Me he apresurado acabar lo que mira á este desgraciado negocio para hablaros de otro mas agradable, y que me causa alegría. Hace quince dias que me presentó el Marqués un señor napolitano, de figura la mas encantadora que se puede imaginar. Pero no se repara mas en ella cuando se le oye hablar. No es posible creer en un hombre de esta edad luces tan universales, un juicio tan sólido, un espíritu mas fácil, mas justo y mas brillante. No me acuseis de prevencion, os suplico; todo el mundo está de acuerdo conmigo en punto al Señor Mastrilli, y su continuacion en venir á nuestra casa nos suscita muchos envidiosos. El no ha disfrazado al Marqués el motivo de sus visitas; mi hermana ha hecho su conquista, y él protesta á mi esposo que se tendria por el mas feliz de todos los hombres si pudiese obtener su corazon y su mano. El Marqués le ha declarado desde luego que mi hermana no tiene otro dote que sus gracias y sus virtudes; y léjos de desviarle esta confesion, parece que ha añadido alguna cosa á la viveza de sus sentimientos, él no depende de nadie, y vos recibireis con ésta una carta suya, y otra de

mi esposo para pedir el consentimiento de mi padre y el vuestro. A mi hermana le cuesta trabajo disimular el gozo que le causa la preferencia que le da el jóven extrangero, sin embargo de no sospechar nada de las miras que tiene en ella, y creo, ó estoy muy engañada, que solo su vanidad hace nacer en ella los movimientos en que la hemos sorprendido, y que su corazon no tiene ninguna parte en ellos. El Marqués es de mi mismo parecer acerca de este particular, pero esto no nos impide mirar dicho matrimonio como un negocio en que no depende mas que de vos; mi hermana es aun muy jóven para ser sensible; por otra parte, su tierno corazon es demasiado estrecho para experimentar al mismo tiempo dos pasiones. La creo ambiciosa, y satisfecha esta inclinacion llegará á ser tierna para con un esposo amable á quien lo deberá todo. El señor Mastrilli, como amante fino, hubiera deseado instruirla de los pasos que da para obtenerla, y teme no conseguirla sino por obediencia. El Marqués le asegura sobre esto, y le jura que él será amado; lo cual le tranquiliza un poco. Se me representa con viveza lo ventajoso del establecimiento de esta querida hermana; pero cuando pongo los ojos en mi situacion, cuando reflexiono sobre la inconstancia de los hombres, temo por ella las des-

gracias que experimento hoy, y la compadezco con todo mi corazon. ¡Felices aquellos que léjos del gran mundo preservan su corazon de los peligrosos sentimientos que en él se contraen! Nuestras aldeas ven pocos infieles: aquí apenas se podria hallar un corazon constante, y la fé conyugal está mirada como una vieja quimera, desterrada de entre todas las gentes de forma.

CARTA XXIX.

RESPUESTA A LA ANTERIOR.

No lo dudes, hija querida, el Conde te volverá el corazon del Marqués. Tú le debes la vida de ese querido esposo, y le deberás tambien su vuelta á la virtud. Faltaba al retrato del Conde este último rasgo de generosidad; no, no creo que se pueda llevarla mas léjos. Creeme, amada hija mia, un corazon semejante es inaccesible al crímen, y tú no tienes nada que temer de la pasion de un amante de esta naturaleza. Apruebo tu delicadeza por el infeliz objeto del amor del Marqués; espera á que esta muchacha haya salido del estado en que se halla, y por lo demás abandona este negocio á la prudencia del Conde. El puede insensiblemente resolver á su ayuda

de cámara á casarse con esa criatura, pues semejante clase de gentes no tiene mucha delicadeza; una gruesa dote le cerrará los ojos sobre lo que ha pasado ántes del contrato.

Tu padre escribe al Marqués y al señor Mastrilli. Abandona la conclusion de este negocio á tu esposo; y como conocemos su prudencia y sus luces, estamos persuadidos que él es incapaz de engañarse sobre el carácter de ese caballero. Yo no sabria alabar bastante á Dios por las bendiciones que derrama sobre nuestra familia, y le pido sin cesar que conceda á tu hermana las gracias que la son necesarias en su nuevo estado, rogándole humildemente que no permita se efectúe el matrimonio, si este estado de grandeza ha de ser funesto para su salvacion. Me parece que es aun muy jóven, y temo que una fortuna tan brillante la trastorne la cabeza. Abandonémoslo todo á la Providencia, y procuremos merecer por nuestra sumision á ella, que nos guie de un modo especial. Tienes mucha razon, amada hija mia, en echar de ménos la simplicidad de costumbres de las personas criadas léjos del gran mundo; es menester una virtud poco comun para conservarla en las córtes; pero Dios no falta jamás á los que le son fieles. Por otra parte, tú sabes por experiencia que su Divina Magestad templa con

saludables amarguras las felicidades de este mundo para impedir que sus hijos se apeguen demasiado á él. Sean las que fuesen las cualidades que supongas en el señor Mastrilli, él es hombre, es jóven, y tu hermana no debe esperar fijarlo enteramente. Conozco bien á tu hermana; es altiva, y sentirá mucho mas que tú cualquiera infidelidad; pero sin embargo, será menester que tenga paciencia; la naturaleza no habrá formado un fenómeno en su favor.

Tu tercera hermana quiere ser religiosa; ella persigue sin cesar á su padre para obtener la libertad de volver á entrar en un convento donde ha estado de pensionista, y protesta que no tiene envidia á la fortuna de sus dos hermanas mayores. Estamos edificados de sus sentimientos; pero sin embargo, acabo de declararla que estamos resueltos á rehusarla nuestro beneplácito hasta que tenga veinticinco años. El plazo es un poco largo, pero nunca sobran las precauciones contra el primer fervor de una persona jóven. Yo la permito vivir en mi casa hasta entónces tan retirada como en el cláustro, y no haré jamás violencia á sus inclinaciones por lo que hace al matrimonio: quiero solamente que se conozca á sí misma, y tambien al mundo que quiere dejar, para librarla de los arrepentimientos demasiado comu-

nes cuando se entra en la religion inconsideradamente.

He conocido por la carta de tu esposo que el jóven Mastrilli no tiene nada que le fije en Nápoles. Me serviria de mucho consuelo si él pudiese empeñarle á hacer alguna mansion en Turin. La mucha juventud de tu hermana me hace temblar; al entrar en el mundo tendrá necesidad de una guia, y yo quedaria tranquila estando ella algun tiempo á tu lado. Si esto no se puede arreglar, empeña á tu favorita á seguirla; los consejos de esa muger que ella ama y respeta, la serán de grande utilidad. He oido decir que no hay menos libertinage en Nápoles que en Turin, y este pensamiento emponzoña todo el gozo que me da la idea de un establecimiento tan ventajoso para nuestra hija. ¡Oh Dios mio! hágase vuestra voluntad. Es menester, querida hija mia, venir siempre á parar aquí. Que sea el mismo Señor la guia y conductor de una familia cuyo padre es, que pongo todos los dias bajo su proteccion, y que querria mejor ver en la indigencia mas terrible que en el pecado.

Adios, mi querida hija, escríbeme todos los correos, porque no estaré tranquila hasta que vea al Marqués vuelto de su error.

CARTA XXX.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: Estamos aquí en un embarazo que no me es posible explicaros. Despues de haber recibido mi esposo la carta de mi padre, se la comunicó al señor Mastrilli, que se creyó por su contenido, el mas feliz de todos los hombres. Mi hermana habia parecido sensible á los obsequios que él la rendia, y se creia amado. Juzgad de su desesperacion cuando se vió en la necesidad de renunciar á esta esperanza. Mi hermana no quiere oir hablar de matrimonio; ella protesta que un empeño la hace temblar, y se ha echado á los pies del Marqués para suplicarle que no la violente sobre este artículo. Se la ha preguntado si sentia alguna repugnancia por el esposo que se la propone; asegura que no, que conoce todo su mérito; pero que ella seria la mas desgraciada de todas las criaturas si nos sirviésemos de vuestra autoridad para violentarla. Antes de declarar esta resolucion á su amante, la he tomado en particular, y no he perdonado nada para adivinar la causa de ella. Yo me con-